

Luis García Jambrina

LA CORTE DE LOS
ENGAÑOS




ESPASA

LUIS GARCÍA JAMBRINA
LA CORTE DE LOS ENGAÑOS



ESPASA  NARRATIVA

© Luis García Jambrina, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B.15.770-2016
ISBN: 978-84-670-4831-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

<i>El año mil cuatrocientos y noventa y dos corría...</i>	11
I. (Beatriz Galindo)	13
2. (Catalina de Dalt)	45
ג. (Sara Dertosa)	61
IV. (Beatriz Galindo)	75
5. (Catalina de Dalt)	95
ה. (Sara Dertosa)	125
VII. (Beatriz Galindo)	139
8. (Catalina de Dalt)	151
ח. (Sara Dertosa)	163
X. (Beatriz Galindo)	179
11. (Catalina de Dalt)	205
יב. (Sara Dertosa)	217
XIII. (Beatriz Galindo)	233
14. (Catalina de Dalt)	243
יד. (Sara Dertosa)	261
XVI. (Beatriz Galindo)	285
17. (Catalina de Dalt)	295
טז. (Sara Dertosa)	305
XIX. (Beatriz Galindo)	317
20. (Catalina de Dalt)	333
כ. (Sara Dertosa)	343
XXII. (Beatriz Galindo)	353
23. (Catalina de Dalt)	367
כג. (Sara Dertosa)	377
XXV. (Beatriz Galindo)	387
26. (Catalina de Dalt)	405
כז. (Sara Dertosa)	417
<i>El año mil cuatrocientos y noventa y dos corría...</i>	427
Agradecimientos y deudas	429

I

(BEATRIZ GALINDO)

Hay años en los que los acontecimientos se suceden y eslabonan de tal forma que apenas tenemos tiempo de asimilarlos; años en los que las vidas y destinos se entrelazan y bifurcan una y otra vez; años en los que todo parece pender de un hilo tan sutil que en cualquier momento podría romperse. Años, en fin, de incertidumbre, de encrucijada, de expectación... El de 1492 fue uno de esos periodos. Naturalmente, no todo lo que en él ocurrió fue bueno ni justo ni encomiable; de hecho, yo aún no sé muy bien cómo calificarlo. *Annus mirabilis aut horribilis?* (¿Año maravilloso u horrible?). Para unos, sin duda, fue un *annus mirabilis*; para otros, más bien *horribilis*. Para mí, Beatriz Galindo, fue el mejor y el peor de todos los tiempos, pues en él se entremezclan hebras de oro con las de lana negra, lo que me ha dejado, desde entonces, una extraña sensación agrídulce en la memoria.

Para evocar ese periodo, tengo que remontarme a los meses previos a la toma de Granada por sus altezas los reyes Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, con la que comenzó realmente ese año y con la que terminó, por fin, la guerra contra el islam y, con ella, la recuperación para la cristiandad de los últimos territorios peninsulares en posesión de los musulmanes, dando paso, según dicen los cronistas, a una nueva época. En un principio, todo el mundo pensaba que la toma de la ciudad de Granada iba a ser un paseo militar, pero lo cierto es que la campaña se había prolongado ya demasiado tiempo y amenazaba con estancarse; entre otras

cosas, por la excesiva prudencia del rey, que nunca presentaba una batalla si no la había planeado antes y, por supuesto, si no estaba seguro de ganarla. Desde 1483 los reyes habían tenido que levantar varias veces sus reales sin haber conseguido su objetivo de rendir una ciudad que a punto estaba ya de convertirse en el emblema de la resistencia mora; de hecho, algunos de los nuestros consideraban, en secreto, que sus torres y fortalezas eran poco menos que inexpugnables.

Todo esto hizo que los reyes empezaran a pensar en otro tipo de vías y estrategias para conseguir su objetivo. Para entonces, yo ya había aprendido que la guerra no se hace solo en los campos de batalla o en las salas de audiencia de los embajadores, o que no la gana el más valiente, justo y esforzado, sino el más astuto y el que mejores armas tiene, quiero decir, más mortíferas y destructivas. Y es que la llegada de la pólvora lo había cambiado todo: las espadas, las ballestas, las mazas y las lanzas, en buena parte, habían sido sustituidas por las espingardas, las bombardas, los pasavolantes y los falconetes, las armas de los cobardes, como las llamaban algunos caballeros, que veían que en la guerra ya no había lugar para ellos, pues el combate cuerpo a cuerpo había dado paso a la muerte indiscriminada y a distancia.

Por suerte, en el asedio de Granada, esas armas no podían utilizarse, debido a que los reyes querían conservarla intacta, tal era su belleza y singularidad. La toma de la ciudad no tuvo, en todo caso, nada de épico ni de heroico ni de caballescico. Fue tan solo una sucesión de intrigas, pactos, traiciones, negociaciones, compra de voluntades y escaramuzas, contra un bando que, en ese momento, estaba dividido por disensiones y luchas dinásticas, lo que hizo que a nuestro rey le fuera muy fácil malquistar a los unos con los otros.

Mientras tanto, nuestras tropas se dedicaban a jugar al perro y el gato o al gato y el ratón, según el momento, y, sobre todo, a talar los bosques, arrasar las cosechas e incendiar las alquerías de la fértil vega granadina y de los valles próximos, siguiendo la estrategia de la tierra quemada, para que los habitantes de la ciudad no tuvieran nada con lo que alimentarse. «El hambre por sí sola nos dará Granada», solía decir mi

señora la reina con una leve sonrisa que helaba las entrañas. «He de arrancar uno a uno los granos de esa Granada», aseguraba, por su parte, su marido. Lo único que faltaba por averiguar era exactamente cuándo sería eso.

En cualquier caso, había algo que estaba claro, y es que esta vez los reyes no pensaban irse de allí sin haberla conquistado. Y, para demostrárselo al enemigo, mandaron construir, cerca del campamento militar del Gozco, una ciudad de nueva planta hecha de piedra, ladrillo y teja, con sus correspondientes casas, barracones, murallas, torres y foso de tierra seca. Era de planta rectangular, con cuatro grandes puertas, una a cada lado, comunicadas entre sí por dos calles principales que se cruzaban en una plaza, donde enseguida se instaló una especie de feria bulliciosa en la que se comerciaba con toda clase de productos, algunos de ellos obtenidos como botín de guerra.

El real se levantó en apenas ochenta días, lo que supuso un tremendo golpe de efecto para los infieles, que de la noche a la mañana vieron surgir frente a sus murallas, a escasas dos leguas, una nueva ciudad, mucho más humilde pero bastante más ofensiva que la suya. En un principio, el rey pensó llamarla Isabela, en honor a su esposa, pero al final los dos, de común acuerdo, la bautizaron como Santa Fe, nombre que, ya de entrada, constituía un desafío a las tropas musulmanas y, de paso, servía para recordarles a nuestros soldados la razón por la que peleaban.

Una vez terminada la construcción de la ciudadela, volvió la rutina, acompañada esta vez de una aguda sensación de encierro. Para combatirla, la reina y yo solíamos ir a cabalgar por los alrededores de Santa Fe, acompañadas de un nutrido séquito de caballeros armados. En una ocasión, nos acercamos hasta la alquería de La Zubia, situada sobre una colina, muy próxima ya a la ciudad de Granada, y desde allí contemplamos a nuestro sabor el esplendor de la Alhambra, con las montañas nevadas al fondo, lo que a punto estuvo de costarnos muy caro, ya que los moros descubrieron nuestra presencia y salieron de inmediato en nuestra persecución, tal vez porque pensaron que se trataba de un ataque por sorpresa.

Durante un tiempo, continuaron las luchas intestinas entre miembros de la familia nazarí para hacerse con el control de los últimos territorios de su maltrecho reino. Esta situación era aprovechada por nuestras tropas para hacer incursiones en territorio enemigo y causar algunas bajas. En una de esas refriegas, cayó prisionero el sultán Boabdil, también conocido como el Desdichado, por su carácter débil e irresoluto, que, a cambio de obtener su libertad, se comprometió a entregar Granada *ad kalendas graecas*, es decir, sin un plazo determinado, dejando como rehenes de los cristianos a su propio hijo y a los primogénitos de varios de sus partidarios más notables. Sin embargo, cuando fue liberado, se dedicó a posponer todo lo posible el cumplimiento de lo acordado con toda clase de rodeos y demoras, o, como dicen los cazadores, mareando la perdiz. La reina, mi señora, por su parte, estaba que se subía por las paredes con tantas dilaciones, hasta el punto de que llegó a enfermar de unas fiebres. Durante varias semanas, apenas me separé de su alteza. Ya fuera de día o de noche, siempre estaba junto a su lecho, pues ella no quería que nadie más la contemplara en ese estado tan lamentable.

Por entonces hacía justo una década que yo había llegado a la corte, llamada por la reina para que fuera su maestra de latín. Así es que, mientras la cuidaba, no pude evitar recordar el primer día que la vi. Fue en Valencia, en diciembre de 1481. La reina me recibió en su cámara privada del palacio del Real, situado fuera de las murallas de la ciudad, al otro lado del río. Aún recuerdo la impresión que me produjo, pues me pareció inmenso y lujoso, lleno de recovecos y pasillos a los que no se les veía el final. Las habitaciones de la reina, sin embargo, eran más bien pequeñas y sobrias, sin apenas adornos ni muebles.

Yo tenía solo dieciséis años en aquel momento y me sentía muy dichosa, aunque también muy asustada por la enorme responsabilidad que entrañaba mi cometido. Su alteza no se parecía en nada a como me la habían descrito y menos aún a como yo misma la había imaginado. De mediana y bien acompañada estatura, su rostro era redondo y mofletudo, con algo de papada, la tez muy blanca y las mejillas sonrosadas.

El cabello lo tenía rubio, casi dorado, y muy largo, lo que constituía la envidia de todas sus damas; las cejas, altas y enarcadas, resaltando así la belleza de sus ojos, entre verdes y azules, según la luz que los iluminara, aunque por lo general tirando a garzos; los labios, pequeños y colorados y levemente carnosos; los dientes, menudos y blancos; y la garganta, muy alta, llena y redonda. Su mirada era risueña, graciosa y honesta, en marcado contraste con sus profundas y permanentes ojeras; la risa, muy discreta y contenida; las manos, extremadamente gráciles y gentiles; su andar, más bien airoso y mesurado; y sus modales, sumamente lucidos y corteses, si bien tenía fama de mujer dura y rigurosa, amén de pudorosa; como más tarde pude comprobar, las tres cosas eran ciertas. Por otra parte, parecía algo cansada, como si acabara de llegar de un largo viaje, pero procuraba que no se le notara; según algunos, era capaz de recorrer más de quince leguas de una sola cabalgada, si la ocasión lo requería. Tras mirarme de arriba abajo, me dijo con cierta sequedad, sin molestarse siquiera en disimular su decepción:

—Ya veo que no solo sois sabia, sino también muy hermosa, dos cualidades que no suelen ir de la mano.

Yo había oído hablar mucho de los celos de la reina, generalmente justificados, todo hay que decirlo, y de las andanzas del rey, que eran la comidilla de la corte. De modo que su comentario no me sorprendió demasiado.

—Si vuestra alteza lo desea, vestiré como una monja y me cubriré la cara con un velo —propuse yo, con fingida modestia, pero con ánimo sincero, pues era muy consciente de los peligros que acarreaba el hecho de ser bella en la corte.

—En cualquier caso, os aconsejo que no os dejéis ver demasiado, fuera de mis aposentos —me comentó la reina, mirándome a los ojos.

—Así lo haré —aseguré yo, que habría prometido cualquier cosa con tal de poder quedarme en la corte.

De todos modos, en mi fuero interno, estaba convencida de que, tarde o temprano, el rey repararía en mí y entonces sería peor, pues me consideraría la fruta prohibida, y no hay nada más tentador que aquello que nos está más vedado, y si

no que se lo pregunten a Eva. Pero yo no quería pensar en eso.

—¿Sabéis ya para qué os he llamado? —me preguntó de pronto la reina.

—Para enseñar latín a vuestra alteza.

—Vuestro hermano Gaspar me ha dicho que conocéis tan bien esa lengua que en Salamanca, que es la cuna del saber, os llaman la Latina y os consideran una *docta puella*. ¿Lo he dicho bien? —quiso saber.

—Vuestra alteza lo ha dicho bien, pero otra cosa es que sea cierto; si acaso, *docta cum libro* —precisé yo.

—¿Y eso qué significa?

—Que todo lo que sé lo he aprendido en los libros —aclaré, con humildad—. De todas formas, ya sabe vuestra alteza lo que dicen en mi tierra: «*Quod natura non dat, Salmantica non praestat*».

—«Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta» —tradujo la reina, demostrando que ya sabía algo de latín—. Sin embargo, Pedro Mártir de Anglería me ha asegurado que asististeis a las lecciones que el maestro Nebrija daba en el Estudio salmantino y que fue él el que os empezó a llamar «la moza latina», ¿no es eso cierto?

—Si una persona tan sabia y discreta lo ha dicho, no puedo negarlo —admití yo—. Pero supongo que también habrá contado que no me gusta hablar de mí. Ya conoce vuestra alteza la sentencia latina: «*Laus in ore proprio vilescit* (Alabarse a uno mismo envilece)».

—También se comenta por ahí que acudíais a las aulas «vestidita de varón», como la doncella guerrera del famoso romance —dejó caer, entonces, la reina.

—Eso son solo leyendas, como las que se cuentan precisamente en algunos romances —mentí yo.

—Si fueran solo leyendas, vuestros padres no habrían decidido ingresaros en un convento —replicó la reina—; de hecho, si no llega a ser por la recomendación de vuestro hermano Gaspar, ahora mismo estaríais cantando maitines con vuestras nuevas hermanas, aunque no creo que hubierais durado mucho, ya que, según tengo entendido, a las monjas se

les exige tanto latín como sea menester para seguir los oficios divinos, pero ni una palabra más. De modo que conmigo no tenéis que disimular.

—No sabe vuestra alteza cómo agradezco su comprensión —comenté yo.

—Si os he llamado a la corte es precisamente por vuestro arrojo, astucia y determinación, y no solo porque habléis latín mejor que un obispo —me explicó—. Como no ignoraréis, esta sigue siendo la lengua de la política, de la religión y del saber, y, por lo tanto, un instrumento muy necesario para una reina que, como yo, quiere ejercer como tal y apenas conoce sus rudimentos. Así que mañana, a primera hora, comenzaremos las clases.

—¿Quiere vuestra alteza que empecemos traduciendo a Cicerón? —propuse yo.

—En este momento, preferiría los *Comentarios a la guerra de las Galias*, de Julio César —replicó ella, haciéndome un gesto de complicidad.

—Excelente elección —reconocí yo, dado que estábamos a punto de entrar en contienda.

Y así fue como llegué a ser la maestra de latín de la reina. A este respecto, tengo que confesar que fue una gran alumna, aunque algo rebelde e indisciplinada. Como la corte era itinerante, yo tenía que acompañar a mi señora allá donde ella fuera en cada momento, incluso a las campañas militares contra los últimos reductos árabes de Andalucía, por lo que tuve la oportunidad de ser testigo de muchos sucesos relevantes para la Corona, y también de algunos bochornosos, todo hay que decirlo. Después, cuando ella consideró que su aprendizaje ya se había completado, comencé a ocuparme de la educación de las infantas, lo que provocó que algunas damas quisieran imitarlas y seguir el ejemplo de la reina, hasta su camarera mayor, doña Beatriz de Bobadilla, que ya rozaba la cincuentena; de ahí que, por entonces, aprender latín llegara a ser una costumbre entre las mujeres de la corte, donde solían escucharse expresiones como esta: «Jugaba el rey a los naipes, todos éramos tahúres. Estudia la reina ahora, todos somos escolares».

Todo esto hizo que, con el tiempo, la reina me convirtiera en una de sus consejeras y confidentes, la mayor parte de más edad que ella, así como de buena fama y linaje. La principal era, desde luego, la ya mencionada doña Beatriz de Bobadilla, que contaba diez años más y a la que conocía desde la niñez. Pero había otras, pues mi señora era de la opinión de que las mujeres podíamos ser tan inteligentes y dispuestas como los hombres y, en algunos casos, más; de modo que, puesta a elegir, prefería rodearse de personas de su propio sexo, procurando, eso sí, que no fueran demasiado hermosas o atractivas, ya que a su esposo también le gustaban mucho las hembras, aunque por otros motivos, bastante más vulgares y deshonestos, como yo misma llegaría a comprobar.

Precisamente, una de nuestras labores como confidentes era ser su paño de lágrimas en aquellos periodos en los que su esposo disfrutaba de una nueva amante. Y no es que en aquel momento fuera muy agraciado, todo hay que decirlo, pero era el rey. Además, era cuidadoso y hasta elegante en el vestir; desenvuelto y con gracia en sus maneras; cortés y amigable en el trato, siempre que no estuviera enfadado, inquieto o fuera de sí; y con frecuencia dado a la risa, ya que la alegría del corazón se mostraba enseguida en su rostro.

Con el tiempo, la reina había aprendido a soportar las relaciones puntuales y esporádicas, y más si eran con busconas y prostitutas, pero no, claro está, las duraderas o estables. Bastaba con que el rey se encaprichara de alguna dama durante más de diez días para que ella, la mujer más poderosa de la cristiandad, se viniera abajo y perdiera la cabeza. En tales casos, era inevitable pensar que Fernando se había casado con Isabel solo por pura conveniencia, sin ningún atisbo de sentimiento por su parte, a pesar de las promesas y las muestras de afecto de las que la hizo objeto en los meses previos a la boda. Mi señora, sin embargo, seguía prendada de su esposo; es más, esa pasión, lejos de disminuir, había ido acrecentándose con el paso de los años. De modo que, mientras él la despreciaba, ella aún mantenía la esperanza de que podría enamorarle, aunque solo fuera por aquello de que el roce hace el cariño.

Pero lo cierto era que cada vez estaban más distantes; por eso, resultaba paradójico comprobar cómo su matrimonio, que había logrado reunir, bajo un mismo yugo, aunque no bajo una misma Corona, dos reinos tan dispares como los de Aragón y Castilla, no había conseguido mantenerlos unidos a ellos, a pesar de que en un principio habían dado muestras de entenderse muy bien. El caso es que, una vez desaparecido el impulso del deseo, don Fernando se había ido alejando poco a poco de su esposa, aunque, de momento, la seguía tratando con mucho respeto, al menos de puertas para fuera, pues otra cosa era en sus aposentos privados, donde las riñas, los insultos y las amenazas eran constantes.

Naturalmente, esto hacía sufrir mucho a mi señora, que, a su vez, lo pagaba con sus criadas y algunas de sus damas, sobre todo con las más hermosas y agraciadas —«¿Qué culpa tenemos nosotras?», me preguntaba yo—, y no digamos con aquellas en cuyo lecho sospechaba que había estado alguna vez el rey, a las que vejaba e insultaba sin piedad, pues en tales momentos se volvía una mujer muy cruel e irascible. Y si por casualidad percibía que su marido miraba a alguna mujer de la corte con señal de amores, con mucha prudencia buscaba algún medio para despedirla, colmada de honra y provecho, eso sí, y, en algún caso, hasta se ocupaba ella misma de buscarle un marido, con el fin de ponerla a buen recaudo, como ocurrió con una sobrina de doña Beatriz de Bobadilla, a la que casó con Hernán Peraza, señor de La Gomera, para alejarla lo más posible de la corte por haberse acercado más de lo debido a su esposo.

En cuanto a mí, debo decir que, hasta la fecha, el rey siempre me había respetado, tal vez porque me veía como una especie de monja que no sabía más que hablar en latín o, ya en los últimos meses, porque estaba prometida a uno de sus mejores soldados, el capitán mayor de artillería don Francisco Ramírez de Madrid, a quien respetuosamente apodaban el Artillero, por su dominio del arte tormentaria o de las armas y máquinas de guerra y, sobre todo, por haber demostrado grandes conocimientos en esa materia durante toda la campaña de Granada, y a quien el rey acababa de armar caballero

por la gran pericia demostrada en el asedio de Málaga, donde la artillería fue pieza clave para la rendición de la ciudad. Yo, por mi parte, rehuía cuanto podía su presencia.

Pero un día, como cabía esperar, las cosas se torcieron y el rey vino a fijarse en mí. Fue el 25 de noviembre de 1491, en una de esas noches en las que mi señora estaba todavía convaleciente de su enfermedad. Sería ya medianoche, cuando oí que llamaban con insistencia a la puerta de su cámara. La reina en ese momento estaba dormida; de modo que me levanté a abrir, con temor de que la despertaran. Se trataba del rey, que a duras penas podía hablar y mantenerse en pie. Al parecer, había estado bebiendo con sus hombres de confianza para celebrar el acuerdo definitivo al que había llegado con Boabdil, por el que este se comprometía, según supe luego, a entregar Granada en un plazo de sesenta y cinco días, a cambio de que los reyes cristianos cumplieran una serie de condiciones, como la de respetar la religión, las leyes, las libertades y los bienes de los musulmanes que quisieran quedarse en la ciudad, algo que ellos habían aceptado con magnanimidad, pues lo importante era acabar de una vez con esa absurda guerra. Estas capitulaciones se habían firmado después de una larga y ardua negociación, consistente en un continuo tira y afloja lleno de suspicacias por ambas partes, que por fin había culminado con bien, gracias a la habilidad de uno de sus secretarios, Hernando de Zafra, y del capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, si bien aún necesitaban ser refrendadas por el común de la ciudad.

—Ha sido un día largo, pero aquí estoy —balbuceó el rey con la voz pastosa.

La verdad es que esa visita tan intempestiva me extrañó un poco, pues nunca el monarca se dejaba caer por allí a tales horas. De modo que pensé que querría darle a su esposa la noticia cuanto antes y, de paso, hacer uso del matrimonio para celebrar tan magno acontecimiento, por lo que me dispuse a abandonar la cámara sin esperar a que él me lo pidiera.

—Un momento, ¿por qué os vais? —me preguntó—. Es a vos a quien quiero ver.

—¿A mí?! —exclamé yo, sorprendida.

—Sí, a vos, ¿de qué os extrañáis? Sois una de las mujeres más hermosas de la corte, y, sin embargo, nunca hemos estado juntos, quiero decir en el mismo lecho —me explicó.

—Pero ¿y la reina? —insistí yo.

—La reina ahora está dormida y con calentura; no queréis que la moleste, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces vayamos a vuestra cámara, antes de que me entre el sueño —me ordenó.

—Aquí es donde yo duermo. Y ahora no puedo separarme de mi señora, pues está muy enferma —le recordé.

El rey me cogió con fuerza del brazo, pero yo me resistí, agarrándome al marco de la puerta. Al ver que yo no cedía y que a él le fallaban las fuerzas, me amenazó con montar un escándalo delante de todo el mundo y expulsarme para siempre de la corte, ya buscaría luego los motivos. Así que no me quedó más remedio que dejarme arrastrar como un cordero al que llevan al sacrificio. «*Ecce Ancilla Domini. Fiat mihi secundum Verbum tuum* (He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra)», dije para mí sin poder evitarlo.

—Venga. ¿A qué esperáis para desnudaros?! —me soltó el rey, cuando entramos en mi cámara—. No seáis tan melindrosa. He oído decir que aún sois virgen —añadió, divertido, mientras me arrancaba la ropa—. En tal caso, debería ser un honor para vos ser desflorada por mí. Y si lo que os preocupa es vuestra alma, sabed que tengo bula del papa para hacerlo donde y con quien me plazca, y ese privilegio es también extensible a todas mis amantes.

—Le ruego a vuestra alteza no me haga eso —le supliqué—, aunque solo sea por el honor de la reina, mi señora, y el de vuestro capitán mayor, mi prometido.

—¿Acaso una maestra de latín como vos no ha oído hablar de un derecho tan sagrado y reconocido como el *ius primae noctis*? —repuso él con sorna.

—Eso es algo propio de tiempos más bárbaros que estos —argumenté, sin demasiada convicción.

—Eso lo tendré que decidir yo —concluyó él.

El rey me arrojó sobre la cama y se me echó encima sin demasiados miramientos. Yo traté de librarme de él, pero apenas podía moverme. Luego intentó besarme y yo me aparté con asco. Su boca babeaba y el aliento le olía a vino, a ajo y a cebolla. De modo que acabó mordimiéndome la oreja y el cuello, lo que, a mi pesar, me hizo estremecer. Después me levantó la camisa, liberó su miembro con gran torpeza de entre su ropa y me penetró con violencia, hasta el punto de que me dolió como si me sajaran una herida. Eso a él debió de enardecerlo mucho, pues en ese momento aumentó la fuerza y la rapidez de sus embates. Era como un enorme ariete golpeando la puerta de una humilde cabaña; como si con su miembro quisiera atravesarme de parte a parte o entrar dentro de mí, hasta que por fin llegó el último empuje, más violento que los anteriores, y me llenó de lava ardiendo, lo que me hizo aullar de dolor.

Por fortuna, cuando acabó, se apartó de mí y enseguida se quedó dormido. De modo que aproveché para levantarme y lavarme la sangre que manchaba mis muslos, mas de nada me sirvió, pues me sentía sucia por dentro, con una mancha que ya no desaparecería, por mucho que la frotara; incluso, se haría más grande.

Luego cogí una vela y me detuve a contemplarlo. Visto así parecía un ser anodino, como tantos otros. Era de estatura mediana. Su rostro, más bien redondeado, y sus rasgos, blandos y algo confusos, con la nariz, eso sí, muy afilada y la boca pequeña, si bien tenía los labios un poco crecidos y obscenos. El cabello lo tenía liso, castaño y escaso; las cejas, delgadas; y los ojos, grandes y rasgados, aunque debo decir que era algo bizco, lo cual a veces desconcertaba un poco, ya que no sabía hacia dónde estaba mirando; hasta cuando tenía los ojos cerrados, como en ese momento, daba la sensación de que estos estaban vigilantes y al acecho, cada uno por su lado.

A los pies de la cama descubrí el puñal del rey. Era un arma que yo ya conocía, pues me la había mostrado la reina antes de regalársela a su marido, con motivo de un aniversario. Sin poder evitarlo, me dejé llevar por la tentación de cogerla. Tenía la empuñadura de oro con incrustaciones de es-

meraldas y la hoja muy bruñida y afilada, de esas que cortan con solo mirarlas, como solía decir mi padre, cuando era niña. Al recordarlo, me pregunté cómo habría actuado mi progenitor, el hidalgo don Juan López de Grizio, si en ese momento hubiera estado allí. Él, que tanto veneraba a los reyes, que lo habría dado todo por su causa, incluida la vida, tendría que ver la honra de su hija, a la que tanto quería, por los suelos, al igual que su propio honor, por culpa de su amado monarca.

Empuñé bien el arma y me incliné sobre el rey, que seguía profundamente dormido y a mi merced. Acerqué el filo del puñal a su miembro, aquel con el que me había desvirgado unos minutos antes, manchado todavía con la sangre de mi doncellez; ahora parecía un gusano, encogido y flácido, encorvado sobre sí mismo, como si tuviera miedo o no hubiera hecho nada. Habría bastado un pequeño esfuerzo para háberselo cortado de raíz, junto con los testículos, testigos de su acto. De esa forma ya no volvería a andar persiguiendo mujeres ni forzando damas.

Después, puse la punta del puñal sobre su cuello, áspero y sudoroso; con solo rozar su piel ya brotó un hilillo de sangre, que, lejos de asustarme, me invitaba a degollarlo hasta derramar el resto. De modo que me subí de nuevo a la cama y me coloqué de tal manera que habría sido suficiente con mover el brazo de un lado para otro, dejando que el cuchillo hiciera el resto, pues en verdad cortaba solo, casi sin apretar. Lo habría hecho con gusto y con ganas, ya que eso era lo que se merecía. Pero, por más que lo intenté, no fui capaz. Había algo que me lo impedía. Y conste que no fue por miedo ni por temor de Dios ni tampoco por terror a las posibles consecuencias, sino por repugnancia física y moral. Y es que yo no era como él, que se aprovechaba de su superioridad para destruir y mancillar a los demás. Para mí, la vida de un hombre, incluida la suya, era algo sagrado, por lo que solo Dios tenía derecho a disponer de ella. Tampoco quería que se enterara mi padre, ya que, en casos como ese, la verdad suele ser un cuchillo afilado. Tal vez si hubiera vivido en la antigua Roma, pero eran otros tiempos, y yo me consideraba una mujer cris-

tiana. Debía, pues, resignarme y aceptar mi martirio, sin ni siquiera poder aspirar a ninguna clase de santidad.

El resto de la noche lo pasé rezando, mientras oía sus ruidos, fuertes y prolongados. Si al menos hubiera estado sobrio, me decía, y hubiera intentado seducirme y me hubiera tratado con cierta cortesía. Pero había sido algo sórdido, vejatorio y degradante para mí, algo impropio de un caballero, y más aún de un rey, un rey que, para mayor escarnio, se tenía por adalid de la cristiandad, lo que añadía indignación al dolor y a la humillación que yo sentía.

De todas formas, lo peor llegó al día siguiente, cuando volví a la cámara de la reina. Por un lado, me daba miedo decirselo a mi señora, pues no quería hacerla sufrir ni ser objeto de su cólera ni que me expulsara de la corte, como había hecho ya con tantas damas en cuanto el rey ponía sus ojos y sus zarpas en ellas, para sustituirlas por otras más feas y de mayor edad. Por otro, sabía que, tarde o temprano, acabaría enterándose y entonces sería mucho peor. Así es que entré decidida a contárselo. Pasara lo que pasara, la suerte ya estaba echada, como dijo, precisamente, Julio César tras cruzar el Rubicón.

—¿De dónde venís? —inquirió ella—. Esta noche me desperté de madrugada y no os encontré a mi lado. ¿Por dónde andabais? —insistió.

—Estaba con el rey —contesté yo, avergonzada.

—De modo que por fin ocurrió —dedujo ella con naturalidad, como si lo esperara desde hacía tiempo.

—Parecía borracho —le expliqué—, venía de celebrar la firma de las capitulaciones, y, como vuestra alteza estaba enferma y dormida —añadí, piadosa—, el rey se sirvió de mí.

—Y vos, supongo que os resistiríais, ¿no es cierto? —preguntó con suspicacia—. Decidme la verdad.

—Lo intenté, sí —asegué yo.

—No basta con intentarlo —replicó ella, muy firme.

—¿Y qué quería vuestra alteza que hiciera? ¡És el rey! ¿Es que acaso mi señora no lo conoce? Me amenazó con montar un escándalo y expulsarme de la corte, si no me dejaba... Y es mucho más fuerte que yo —me vi obligada a añadir.

Sin poder evitarlo, rompí a llorar. La reina permaneció en silencio durante un rato, hasta que, por fin, cayó en la cuenta de que yo no era la culpable, sino la principal víctima de los hechos.

—Lamento mucho lo sucedido. Pero contadme: ¿qué os pidió que le hicierais? ¿Os solicitó algo que, según él, yo le hubiera negado? —me preguntó, entonces, presa del delirio—. Eso es lo malo que tiene el hecho de que nuestros hombres se acuesten con putas venidas de fuera, que luego quieren que les hagamos lo mismo, sin percatarse de que es algo indigno de una mujer cristiana, y más si eres la reina, ¿no creéis? Venga, contádmelo, sin omitir detalle alguno. Necesito saberlo todo —insistió.

—¡Y eso qué importa ahora! —me quejé yo, algo molesta con la actitud de la reina—. Él tan solo se echó sobre mí y me forzó, ¿qué más queréis saber? Todo ha sido muy vulgar.

—Perdonadme, tenéis razón —me concedió—. Ahora debemos tomar medidas de inmediato para evitar que la situación vuelva a repetirse; ya habrá tiempo luego para lamentaciones, recriminaciones y consuelos.

—¿Qué clase de medidas? —quise saber yo.

—Lo más urgente es buscarle una solución al problema y, si es posible, tratar de prevenir sus posibles consecuencias. Y, para ello, tenéis que casaros lo antes posible con vuestro prometido —sentenció la reina de pronto—. Deberíais haberlo hecho cuando os lo dije —me reprochó—, pues ya sabía yo que, al final, ocurriría algo así.

¡Mi prometido! Era cierto. Casi lo había olvidado. Ella, sin embargo, lo recordó enseguida. No en vano los reyes todo lo arreglan con una buena boda, ya se trate de un conflicto político o de un problema meramente doméstico. Por otra parte, había sido su alteza la que, en efecto, me lo había propuesto en su día como marido. Además de capitán mayor de artillería, era un hombre apuesto y gallardo, de claro origen, por ser hijo de un hidalgo montañés, y muy bien situado, cuyo único defecto, si es que había que ponerle alguno, era que me doblaba la edad, dado que, en ese momento, yo contaba veintiséis años, mientras que él ya había rebasado la cincuentena.

Cuando la reina me habló de él por primera vez, don Francisco Ramírez de Madrid acababa de enviudar de su primera esposa, doña Isabel de Oviedo, con la que había tenido varios hijos, que, a la sazón, se encontraban a cargo de un preceptor en su casa familiar de Madrid, por lo que se sentía muy desdichado. Era alto y membrudo, con el rostro alargado y afilado, que parecía la proa de una nave. Tenía el pelo gris y muy cortado; la nariz, grande y recta; la boca, pequeña; y la cara, surcada de profundas arrugas, que en algún caso parecían cicatrices, y tal vez lo fueran.

Yo, al principio, me opuse con todas mis fuerzas a la idea de casarme con él, pues hacía tiempo que había decidido consagrar mi vida entera a mi señora y, si acaso, a ampliar mis estudios. Pero a una reina como ella no se le podía llevar fácilmente la contraria, y menos en esa clase de asuntos, y al final, claro, accedí a hacerlo. No obstante, pude conseguir, después de mucho rogar, que la boda se aplazara hasta después de la toma de Granada, con la esperanza de que, en ese lapso, ocurriera algo que la obligara a cambiar de parecer.

—Está bien —concedió—. Si, como dicen por ahí, yo he prometido no mudarme de camisa hasta que acabe esta maldita guerra, supongo que también podré postergar tan feliz acontecimiento. ¿Se puede saber qué idea tiene la gente de mí? —añadió de pronto, con fingido enfado—. Me refiero a los que inventan esas leyendas. ¿Tan descuidada me ven? Bien está que no sea guapa, pero de ahí a que sea una guarra... Si supieran que lo que, en realidad, llevo debajo de los vestidos es una cota de malla para protegerme de posibles ataques...

Así era mi señora en aquella época, capaz de pasar en un santiamén de la preocupación a la euforia, de la carcajada al llanto o de hablar en un perfecto latín a expresarse como una auténtica verdulera. Yo, por mi parte, no estaba convencida de que esa boda fuera una buena idea, como seguía sin estarlo ese 26 de noviembre, aunque ahora por otros motivos más perentorios, a pesar de los razonamientos y las buenas intenciones de la reina, que, de repente, parecía haberse recuperado de su enfermedad.

—Pero ya no soy virgen —objeté yo, a la desesperada.

—No hace falta que me lo recordéis —me replicó ella, con tono desabrido—. De todas formas, eso no es un obstáculo. Hay mujeres por ahí que, por unas cuantas monedas, os dejarán como nueva y os dirán, de paso, lo que tenéis que hacer en la noche de bodas para que parezca que vuestro marido acaba de desfloraros.

—Y si estuviera embarazada... —aventuré yo.

—Razón de más para que os caséis cuanto antes —argumentó, con cierta vehemencia—. Y si tal cosa llegara a suceder, Dios no lo quiera, le diréis a vuestro amado esposo que se os adelantó el parto, ¿me habéis entendido?

La había entendido, sí, y por eso estaba tan confusa y aterrada. Y es que esa boda siempre me había parecido un error, pero ahora se me antojaba una monstruosidad; y ya se sabe lo que dicen algunos inquisidores a este respecto: «*Errare humanum est; perseverare autem diabolicum* (Errar es humano; pero perseverar en el error es diabólico)». Por un momento, hasta llegué a pensar en huir de la corte y acogerme en un convento, como mis padres habían proyectado para mí en su día; tal vez ese fuera mi destino, después de todo. Pero luego pensé que eso daría mucho que hablar. Además, estaba convencida de que la reina no lo permitiría. Y es que, cuando algo se le metía entre ceja y ceja, era muy difícil hacerle mudar de opinión. Así que no tuve más remedio que ceder.

—No pongáis esa cara. En este mundo, las mujeres no pueden dirigir por sí mismas el destino de sus vidas. Necesitan un esposo que las gobierne y las proteja; si no, acabarán perdidas —me soltó la reina, para terminar de animarme.

—Parece mentira que vuestra alteza, que siempre ha hecho lo que ha querido, me diga eso —comenté yo, decepcionada.

—Es que yo soy la excepción que confirma la regla —replicó ella, con arrogancia.

Como corría mucha prisa, esa misma mañana la reina mandó llamar al Artillero, que, en ese momento, estaba proyec-

tando el asedio definitivo de Granada, por si al final la entrega voluntaria no se producía y era preciso entrar en ella por la fuerza. Los dos tenían, por entonces, muy buenas relaciones, ya que, en la campaña de Granada, mi señora era, precisamente, la que se ocupaba de la intendencia y, por lo tanto, de que la artillería llegara a tiempo a los lugares en los que hacía falta, pese a los malos caminos y al barro acumulado después de días de lluvia o a la ausencia de puentes para vadear un río, algo en lo que mi prometido era un auténtico experto.

—Como bien sabéis —le dijo mi señora, cuando este se presentó en sus aposentos—, la toma de Granada se está retrasando demasiado y nosotros tenemos un asunto pendiente; me refiero a vuestra boda con doña Beatriz —explicó, señalando hacia mí, por si lo había olvidado—. Los tres acordamos que os casaríais cuando acabara la campaña. Pero entonces nadie podía imaginar que esta se prolongaría tanto...

—La boda ahora carece de importancia —puntualizó él.

—¿Y si murierais, Dios no lo quiera, en alguna escaramuza? ¿En qué situación quedaría ella? —preguntó la reina, de forma retórica.

—Si es por eso, ruego a vuestra alteza me diga qué es lo que debería hacer, y yo me pondré a ello de inmediato —se ofreció él—; hace ya muchos años que no hago más que obedecer a mi señora.

—Fijar la boda para dentro de unos días, antes de que acabe el año —señaló ella, sin andarse con rodeos.

—Si es esa la voluntad de vuestra alteza, yo no tengo nada que objetar —convino él de inmediato.

—En ese caso, ¿qué os parece el 22 de diciembre? De esta forma, habrá tiempo de sobra para tenerlo todo listo. Y hasta es posible que, para entonces, ya se hayan refrendado las capitulaciones de la entrega de la ciudad —argumentó la reina.

Acostumbrado como estaba a acatar sin discutir las órdenes directas de su alteza, al Artillero no le fue muy difícil dar su aquiescencia, aunque ello fuera en contra de sus principios y tal vez de sus propios deseos. Al fin y al cabo, nadie mejor que la reina podía saber qué era lo más adecuado para

el bienestar de sus súbditos, y más si estos formaban parte del pequeño círculo de la corte. Durante la breve entrevista, ni él ni yo nos atrevimos a mirarnos a la cara; en su caso, supongo que para no sentirse avergonzado por su actitud sumisa ante la reina, y, en el mío, por temor a que él leyera en mis ojos los verdaderos motivos de tanta precipitación.

Cuando el Artillero se fue, la reina, visiblemente satisfecha, me animó a que nos pusiéramos manos a la obra, pues había mucho que preparar: el traje, la ceremonia, el banquete..., cuyos gastos correrían, por supuesto, de su cuenta. Según su alteza, todo tenía que ser de lo mejor y sin que faltara ningún detalle, aunque estuviéramos todavía en guerra y la boda fuera a celebrarse en un campamento militar. Para ella la sobriedad y la sencillez no tenían por qué estar reñidas con la calidad y la perfección. Por lo demás, ignoro cómo y dónde consiguió las seis varas de paño de contray para mi vestido, pero el caso es que, a los pocos días, ya me estaban haciendo las pruebas, a las que ella quiso dar también el visto bueno. Yo, por mi parte, tuve que expresar mi conformidad a la lista de invitados, a los detalles de la ceremonia y a las viandas que iban a servirse luego en el banquete.

Por esos días aumentaron con creces mis preocupaciones cuando empecé a observar que, ese mes, el achaque propio de las mujeres se me retrasaba de manera alarmante. Por supuesto, se lo conté a la reina y esta, tras un momento de irritación, me ordenó que me tranquilizara, que, afortunadamente, la boda ya estaba fijada y que, en el peor de los casos, esta iba a tener lugar unas pocas semanas después del momento de la concepción, con lo que bien podría decir, llegado el caso, que el parto se había anticipado un poco, cosa harto habitual. Así es que no debía preocuparme por ello.

—Aseguraos, eso sí —añadió, en un tono más confidencial—, de que haga uso del matrimonio, y no solo en la noche de bodas, para que no le quepa ninguna duda de que vuestro hijo es también suyo. En cuanto al virgo, os hago saber que mañana, a primera hora, vendrá la vieja que se ocupará de restauraros el himen. Será todo muy rápido y fácil, ya lo veréis.

Según supe luego, la vieja en cuestión tenía fama de hechicera en toda la comarca, pero no era más que una alcahueta, y, como tal, conocía bien todos los secretos de su oficio. Confieso que al principio sentí un poco de miedo y asco, y más cuando empezó a maniobrar en mi interior, después de darme a beber una extraña pócima para que no me doliera.

—No deberíais estar tan asustada —me dijo la vieja, con mucha naturalidad—. Estas cosas son muy frecuentes, más de lo que podáis imaginar, y en mujeres mucho más jóvenes que vos. Pero para eso estamos nosotras, las reparadoras de virgos o restauradoras de honras, como también se nos llama por ahí —añadió, entre risas—. Al final es solo cuestión de aguja e hilo.

Mientras hablaba, yo la veía trabajar con verdadera fascinación, pues, a decir verdad, lo hacía con la misma delicadeza y precisión que una encajera y, a la vez, con la firmeza y seguridad de un cirujano.

—Solo a los hombres —prosiguió ella, tras una breve pausa— podía ocurrírseles depositar la honra de una mujer y la suya propia en una telilla tan sutil y delicada como esta. Por fortuna, lo que fácilmente se pierde, con más prontitud se recupera. Así que helo ahí: ya sois virgen de nuevo, como el día que vuestra madre os trajo al mundo —me informó, guiñándome un ojo—. Para demostrarlo, en la noche de bodas notaréis otra vez un pequeño desgarró y derramaréis algo de sangre. De todas formas, deberíais saber que no todas las mujeres sangran durante la desfloración. Pero si ellos no ven unas manchas rojas en las sábanas no se quedan tranquilos. De modo que hay que darles lo que piden; en eso, como en todo, son como niños de teta.

Antes de irse, la vieja me ofreció algunos consejos para el caso de que, en efecto, estuviera embarazada, como así creía ella, y me regaló un afeite para el rostro y un ungüento para calmar el dolor de los senos. Yo, por mi parte, le di una buena propina en señal de agradecimiento, con lo que se fue muy satisfecha.

Faltaban ya pocos días para la boda, cuando la reina mandó llamar al Artillero para tratar algunas cuestiones relativas

a nuestro enlace. Dado que él ya tenía seis hijos de su primer matrimonio y había dispuesto, con su anterior esposa, una mejora para el mayor, la reina le hizo firmar un acuerdo *propter nuptias* por el que él se comprometía a mejorar en un tercio y en el remanente del quinto de todos los bienes raíces, rentas y dineros que ya poseía y de los que pudiera llegar a obtener en adelante al primer hijo que tuviere conmigo, o a los hijos e hijas que yo le diere, así como a dejarme a mí una renta de cincuenta mil maravedís, si él moría antes que yo sin haber tenido descendencia. Asimismo, prometía darme en arras mil florines de Aragón, esto es, el diezmo de sus bienes, por mi crianza, linaje y virginidad, ¡vergüenza me da mencionar ese detalle todavía!

Gracias a la habilidad negociadora de la reina, quedaban a salvo no solo mi honor y mi futuro, sino también los del hijo que llevaba en mis entrañas. Esta, por su parte, se obligaba a entregarme nada menos que cuatrocientos mil maravedís para el casamiento y cien mil más para el vestido, dado que yo no aportaba ninguna otra dote, pues pertenecía a una familia de poco estado. Como regalo de boda, el Artillero sería nombrado secretario del Consejo del Rey, con un salario de treinta mil maravedís.

La ceremonia nupcial se celebró, por fin, el 22 de diciembre en una de las capillas de la ciudadela de Santa Fe. Como cabía esperar, fue una ceremonia más bien íntima, pero muy solemne, en la que los reyes actuaron de padrinos. Vista desde fuera, parecía una de esas bodas con las que cualquier dama de la corte podía soñar para sí o para sus hijas. Pero, dadas las circunstancias, para mí fue una farsa de la que aún me abochorno. Recuerdo que, cuando ya estaban todos los invitados dentro de la capilla, yo aparecí circundada por un coro de ninfas celestiales, cuya presencia llenó de júbilo a los asistentes y a mí casi me hizo llorar, y no precisamente de emoción. En cuanto a las palabras del arzobispo que ofició la misa, me sonaron más bien como un reproche y una acusación, en lugar de ser una proclamación de amor y fidelidad.

El banquete fue muy largo y tedioso, al menos para mí, que apenas probé bocado en toda la comida ni pude mante-

ner una mínima conversación con nadie, pues siempre estaba pensando en otra cosa. Más que como una novia en el día más feliz de su vida, yo me veía a mí misma como una pobre sirvienta caída en desgracia a la que sus dueños tratan de redimir como sea para guardar las apariencias y evitar el escándalo. Aunque la peor parte se la llevaba el Artillero, dado que, sin comerlo ni beberlo, le tocaba hacer de chivo expiatorio, nunca mejor dicho.

Por fin, cuando acabó el festejo, los reyes nos dieron permiso para ausentarnos durante varios días con una pequeña escolta. Se trataba de que esa noche tan importante pudiéramos pasarla fuera de la ciudadela, concretamente en una alquería que poseía mi esposo a unas pocas leguas al este de Santa Fe. Yo cabalgaba sobre una mula de color castaño, ensillada de oro y plata y cubierta con una mantilla de terciopelo carmesí, mientras que él iba a mi lado, vestido de gala, sobre un caballo alazán que le había prestado el rey. Por un momento, hasta llegué a imaginar que, lejos de la corte, podríamos llegar a formar una familia como otra cualquiera, si es que los hijos anteriores de mi marido me aceptaban, lo que probablemente no iba a ser fácil. Pero, de repente, comencé a elucubrar sobre lo que me depararía la noche de bodas y la ilusión desapareció. A juzgar por su rostro, el Artillero también parecía sumido en pensamientos turbios y tortuosos.

—¿Puedo preguntaros qué os pasa? —me atreví a articular.

—¿Por qué lo decís? —quiso saber.

—Os noto triste —constaté.

—Serio más bien. Por otra parte —aclaró—, habéis de saber que yo soy así. La reina debió advertiroslo.

—¿Hay alguna cosa que, en este momento, os preocupe más de la cuenta? —insistí yo.

—Es muy posible, pero vos no podríais comprenderlo —respondió, enigmático.

—¿Por qué no probáis? —insistí.

—Ya veo que sois porfiada.

—La reina debió advertiroslo —comenté yo, con ironía.

—Está bien —concedió—, os contaré lo que me pasa...

Por desgracia, no tuvo tiempo de explicarse, pues, en ese momento, un pequeño destacamento de infieles nos tendió una emboscada. Al comprobar que eran superiores en número, mi esposo me rogó que huyera con varios de sus hombres, mientras él les hacía frente con el resto, y yo le obedecí. Una vez a salvo, les pedí a mis acompañantes que nos ocultáramos detrás de unas rocas para esperar a los demás. Desde allí pudimos observar el desigual combate. A pesar de ser menos, mi marido y los suyos pelearon con mucho coraje para impedir que los moros pudieran salir en mi persecución. Al principio, consiguieron hacerles frente y les causaron varias bajas. Pero los infieles no tardaron en contenerlos, para enseguida volver a lanzar un nuevo ataque. Después vimos cómo, uno a uno, los nuestros iban cayendo, hasta que solo quedó en pie el Artillero, que trató de vender cara su vida. Con una espada en cada mano, se lanzó contra sus enemigos con tal violencia que, por un momento, se vieron obligados a replegarse. Por lo visto, su misión no era acabar con mi marido, sino hacerlo prisionero; de modo que, poco a poco, fueron rodeándolo y, en un descuido, lograron desarmarlo. Así y todo, intentó resistirse, peleando con los puños, mientras yo lo contemplaba desesperada, mas no tardaron en derribarlo.

—Debéis ir a liberarlo —les rogué a mis escoltas, entre lágrimas—; él merece vivir más que yo.

—Es demasiado tarde para eso —me indicó uno de sus hombres.

—Si no nos ponemos en marcha, también os cogerán a vos, pues muy pronto saldrán en nuestra busca —añadió otro.

—No me importa; así podré hacerle compañía —repliqué yo.

—Nuestra obligación es protegeros —insistió el primero—. Las órdenes del capitán fueron claras.

—¿Y qué va a ser de él?

—Vuestro marido es un hombre de recursos, sabrá arreglárselas —me explicó.

Sin perder más tiempo, nos dirigimos a una fortaleza cercana, donde podríamos refugiarnos. Yo estaba muy asustada,

no solo por mí, sino por lo que podrían hacerle a mi marido, y a duras penas me sostenía en el caballo. Aunque íbamos muy deprisa, enseguida comenzamos a oírlos a nuestras espaldas; y, cuando nos situamos a la vista de los centinelas de la torre, estaban ya tan cerca que tuvo que salir un retén de soldados a socorrernos, lo que no resultó fácil, pues los otros parecían empeñados en alcanzarnos. Por fin, la llegada de nuestros salvadores hizo que los que nos perseguían desistieran y se dieran la vuelta.

En la fortaleza se quedaron maravillados de que una mujer como yo anduviera por ahí con tan pequeña escolta. Los hombres de mi esposo les explicaron lo que había sucedido, y, al día siguiente, una parte del retén me acompañó hasta Santa Fe. En cuanto los reyes se enteraron, vinieron a interesarse por mí y por mi esposo. Yo les conté lo ocurrido y les rogué que mandaran a rescatarlo. La reina me acogió entre sus brazos y me dijo que no me preocupara, que el rey iba a enviar de inmediato a sus emisarios a hablar con Boabdil, para que él mismo se hiciera cargo del asunto, por la cuenta que le tenía, pues seguramente se trataba de alguna facción rebelde, descontenta con los acuerdos alcanzados con el sultán y deseosa de promover una revuelta y desatar de nuevo la guerra. La situación era bastante complicada, pero a mí lo único que me desasosegaba era el hecho de que pudiera quedar viuda, con un hijo dentro de mis entrañas y sin haber tenido tiempo de consumar mi matrimonio.

Como cabía esperar, Boabdil negó saber nada acerca de mi marido. No obstante, prometió que intentaría localizarlo lo antes posible por medio de sus espías y aliados. Así las cosas, los reyes decidieron que había que ser muy cautos, como mínimo hasta que los habitantes de Granada confirmaran las capitulaciones, ya que se habían hecho en secreto y a sus espaldas. Esto tuvo lugar varios días después, cuando faltaba todavía un mes para que expirara el plazo convenido para hacer efectiva la entrega de Granada. Al parecer, el deseo de liberar a mi esposo precipitó un poco las cosas, pues había indicios de que podía estar encerrado en algún lugar cercano a la ciudad.